

# LA CALLE

## DIARIO DE UN ESPECTADOR

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



# El informante



Pronto cumplirá Al Pacino treinta años como actor de primera línea, que a su condición de estrella de Hollywood puede añadir el lujo de ser actor de teatro en Boston. Se nota el paso del tiempo en su trabajo, no porque haya envejecido, algo inevitable y que Pacino no hace nada por evitar. Se percibe el transcurso de los años en su maduración.

Pacino hace un gran papel en una gran película, *El informante*. En ella se llama Lowell Bergman. Ha pasado de ser estudiante en Berkeley, discípulo de Herbert Marcuse, a periodista radical y finalmente a productor de uno de los programas emblemáticos de la televisión norteamericana, "Sesenta minutos", de la CBS. (Nada que ver con la emisión mexicana del mismo nombre, pues Televisa no tuvo empacho en fusilarlo sin más, que dirigió Juan Ruiz Healy, que ni siquiera llegó a ser la caricatura de Mike Wallace).

Bergman lleva a la televisión comercial el rigor ético de su militancia juvenil. No aparece en pantalla, pero su trabajo es esencial para la calidad y la respetabilidad de aquel programa. Se le ve, al abrir la película, preparando una entrevista de Wallace con un dirigente de Hezbollah, el grupo fundamentalista del Islam que practica la guerra contra los infieles, donde quiera que se encuentren y quienes quiera que sean. (Wallace es personificado muy convincentemente por Christopher Plummer, a quien todo el mundo recuerda por su trabajo al lado de Julie Andrews en *La novicia rebelde*, *The sound of music...* hace treinta y cinco años).

Pero Bergman no sólo acomete trabajos donde su vida peligra, sino que se le muestra en plan de riguroso investigador cuando busca corroborar la veracidad de un informe sobre la industria tabacalera. Al hacerlo entra en contacto, por casualidad, con el doctor Jeffrey Wigand, protagonizado por Russel Crowe. Lo halla en un grave momento, el comienzo de una crisis que se ahondará hasta extremos delirantes. Era el vicepresidente ejecutivo de una de las poderosas empresas fabricantes de cigarrillos. Sus altas calificaciones —es doctor en bioquímica y endocrinología— lo han llevado a trabajar para varios de los mayores laboratorios quimicofarmacéuticos, en Estados Unidos y en Japón, pues habla la lengua de ese último país. Pero su moralidad entra en choque con los intereses comerciales del tabaco, de donde resultan decisiones peligrosas, como la de aceptar ser entrevistado por Wallace en "Fifty minutes" y testimoniar en un juicio iniciado por el gobierno de Mississippi contra la industria del tabaco, que no se frena ante ningún escrúpulo con tal de preservar su poderío.

Wigand duda mucho antes de caminar en aquella ruta. Y no lo hace sin costos. Pierde a su esposa, una superficial señora a la que sobre todo importaba su bienestar (y que, por añadidura y comprensiblemente, tenía miedo de las consecuencias del comportamiento de su marido), y se ve obligado a mudar su status de alto ejecutivo en consorcios internacionales por un humilde puesto de profesor de química. Naturalmente, también en ese ambiente sobresa su talento: en la vida real (pues todo ocurrió de verdad), obtuvo en 1996 el premio al mejor docente en el sistema secundario de Kentucky.

La película es un canto a la grandeza y la miseria del oficio de informar en Estados Unidos. La tradición periodística de que Wallace y Bergman se ufanan queda en jaque ante los intereses financieros de la CBS y sus conexiones con los mayores intereses empresariales. El respeto por la ley, la solidaridad entre periodistas, la extrema necesidad de proteger a los informantes son temas de una historia que tuvo un final feliz. Si bien Bergman renunció a CBS no obstante haber conseguido su propósito, pudo seguir su carrera en la televisión pública norteamericana, como productor de "Frontline", en PBS.